

DECIMA QUINTA CONFERENCIA.

UN ORGANO NUEVO.

Ayer, á la hora en que llego á platicar con vosotros, estaba en mi consultorio, sentado delante de mi escritorio, y reflexionaba, con tristeza, en lo que tenía que decir hoy.

Sobre la mesa estaban abiertos varios libros, y mis dedos impacientes, los estrujaban, los hojeaban, los rechazaban; y después, no sé que sentimiento de indignación, agitaba á mi espíritu.

Entre esos libros, estaba el gran Diccionario de medicina, abierto en el artículo «exutorio.» El «Apostolado científico» de Victor Meunier. También había un opúsculo de Eugenio Pelletan, intitulado: «El mundo marcha.»

Estos escritores, me decía, no hablan sino del progreso. El progreso está por doquiera, el progreso es todo, el progreso es el Dios del mundo.

Lo quiero, lo siento, lo veo con ellos. El progreso es el sol que calienta y alumbra á todas las inteligencias, el progreso es el soplo divino que alegra á todas las almas, el progreso es la esencia de todos los espíritus. Pero, ¿por qué su foco no puede radiar hasta el seno de nuestras viejas escuelas médicas? ¿Por qué su luz, no ha podido filtrarse á través de las tinieblas de nuestros académicos?

Me habláis, señor Meunier, de un rayo de sol que, dibuja á un re-

trato; del galvanismo que, reviste con un tinte aristocrático el cubierta de mesa del proletario, del vapor que, borra las distancias y lleva al viajero sobre sus alas, de una chispa eléctrica que, se espiritualiza, y balancea al pensamiento de un polo á otro; pero del arte médico, nada, y del progreso de la terapéutica, nada.

¡El progreso, este ídolo á quien adora el universo, la medicina le rehusa pues, una genuflexión! Más ¿qué me importa vuestro progreso, si yo estoy enfermo, y él no sabe curarme? Para gozar de sus riquezas, de sus tesoros, de su armonía, la primera condición, ¿no es la de gozar de la salud?

Me habláis, Sr. Pelletan, del progreso infinito de la ciencia; y, cuando Lamartine os pregunta, qué idea tenemos de más que la antigüedad, le respondéis enumerándole, como conquistas de esta ciencia, el secreto de la gravedad, el movimiento de las esferas celestes, la geología, el cálculo infinitesimal, el álgebra, la dinámica, la botánica, la química, la física, la estadística, la meteorología, la mineralogía, la biología, la economía social. Pero de la medicina ¿qué decís? nada. ¿Y de la terapéutica? nada.

Me equivoco: Habláis del progreso del manual operatorio. Ahora bien, bajo este respecto, la cien-

cia no es sino un arte. ¿Pero de la MEDICINA habláis?

Si, citáis un hecho, uno solo!!!!

«La quinina cura las fiebres.»

¡He aquí un hecho, uno solo! Pero él hace avergonzar al principio de «los contrarios,» y no deberíais haberlo despertado, por poco enemigo que seáis de nuestra doctrina; porque, pronto os lo diré.— este hecho, es el que ha engendrado á la Homeopatía.

Si os preguntase, ¿qué idea tienen nueva los médicos de hoy, respecto á los de la antigüedad, ¿qué podríais responder?

La medicina de vuestra Francia moderna, todavía es la medicina de la vieja Roma.

En el siglo XIX, como en el X, la terapéutica se arrastra en la vieja rutina del empirismo, ¿en dónde está, pues, el progreso?

Bajo el reinado de los Napoleón y de la República como bajo el de los emperadores Marco Anrelio, Verus, y Cómodo, los rodages y palancas de los sistemas médicos no están movidos, sino por las fuerzas groseras de las masas, y el mecanismo de las teorías, rehusa todo principio flúidico, ¿en dónde está, pues, el progreso?

Decís, que el hombre ha agregado á sus órganos, órganos nuevos. Todos los instrumentos de la mecánica alargan y refuerzan sus bra-

zos muy débiles, el córcel presta sus alas á sus piernas muy lentas, el telescopio abre el horizonte de lo infinito, á su vista demasiado limitada, y he aquí, órganos nuevos y otros tantos que, describís con todo el fuego del pensamiento, y el lujo del lenguaje científico. Mas he aquí, que tengo á la vista el gran Diccionario de medicina, en el que Guersent me dice también, que un exutorio, es también un órgano nuevo.

¡Un exutorio! ¡Un cauterio! ¡Un SEDAL!..... —Porque, en fin, hay que atreverse á pronunciar estas palabras, —órganos nuevos que el hombre ha agregado á su constitución. ¿Este es pues, también un progreso, y aquel hallará también un lugar en vuestro Panteón?

«¡El mundo marcha!»

¡En vuestro campo es posible, pero en el campo médico, él retrocede!

¿Entonces, que es el progreso? ¿Es una máquina que avanza y retrocede á voluntad de las palancas?

¡Vuestro legítimo entusiasmo ha aclamado al progreso, pero, esta palabra tan sonora, no ha despertado un solo eco, en el vestibulo de nuestras Academias de medicina!

«¡El mundo marcha!»

Es posible. Pero el arte médico

oficial no ha dado todavía un sólo paso desde que está encadenado á la roca académica.

¡Y ved por qué, todos esos libros los estrujaban mis dedos impacientes, los hojeaban y los rechazaban, y por qué un sentimiento de indignación agitaba mi espíritu!

Después, mis miradas se dirigieron á otro horizonte, y el consuelo descendió á mi alma.

Interrogué al progreso mismo, y él respondió á mi invocación, Consideré al progreso universal, quien, al girar sobre su eje, como el faro de todas las ciencias, me mostró aquella de sus faces, que ilumina á la verdadera terapéutica.

¡Sí, existe el progreso en medicina! El ha brotado hace un siglo, y de día en día reina en todos los países del mundo. ¡Sí, él existe, y, lo que los fanáticos mandarines del falso progreso no han querido, ó no han sabido decirnos, yo os lo diré con la mayor franqueza!

Pero ¡ay! estamos todavía condenados á recorrer, actualmente, los senderos de la vieja rutina. Venzamos nuestro disgusto.

¡Rubefacientes, vejigatorios, cauterios, sedales, moxas, etc. He aquí las piezas cabalísticas que forman la ABRACADABRA de la terapéutica oficial; hé aquí las vértebras cariadas, que componen la colum-

na dorsal de la medicina raquítica!

Por la tercera vez, os debo todavía invitar á tener presentes en vuestro espíritu, las reflexiones que se han hecho, en una de nuestras conferencias, respecto al método revulsivo.

Ahora bien, imaginándose siempre que la enfermedad es un sér particular, un enemigo natural y tangible, que se desliza en todas las partes del cuerpo, y elige por emboscada á tal ó cual aparato del organismo, el racionalismo médico se pone en su persecución, y procura, ya sofocarle detrás de sus atrincheramientos, ó ya, atraerle afuera, para hacerle sufrir más tranquilamente su condena.

Por tanto, provisto de sus armas ofensivas, el médico entra en la lid de la revulsión.

Ya habéis asistido á la profusión de la sangre. Habéis visto ese combate que se llama enfermedad, habéis visto al médico y al enfermo, ambos bajar á la arena, al uno, armado de punta en blanco, y al otro, sin defensa. Así, ¿cuántas veces no habéis visto el campo de ese combate tan desigual, regado por los líquidos vitales de la débil víctima?

Después de haber llevado sus estragos al centro del organismo, la revulsión debía atacar al períme-

tro, y entonces, la piel ha servido de blanco á todos los proyectiles de la terapéutica.

Y este plan de batalla era, en efecto, el más natural, y al mismo tiempo el más fácil.

La sangría es frecuentemente dudosa, peligrosa é impracticable, por varias razones. Los purgantes no son siempre posibles; su acción es caprichosa, y el práctico no puede ni gobernarla, ni marcar los límites. Pero la piel ofrece á todas las exigencias del práctico un campo mucho más vasto y más complaciente. Más dócil que el estómago y que el tubo intestinal, la piel obedece y se somete á todos los caprichos del médico, y se convierte en el esclavo del amo más brutal.

Si queréis comprender bien esta nueva discusión, dejadme esbozaros á grandes rasgos las propiedades generales anatómicas y fisiológicas de la piel: estad atentos..... Seré lo más breve y sencillo posible.

La piel es una especie de membrana gruesa y resistente. Forma la cubierta exterior, como las mucosas forman el forro interno del cuerpo. Estas dos membranas comunican entre sí, por las aberturas naturales y están unidas sólidamente por la más estrecha simpatía fisiológica.

La piel está formada de tres capas muy distintas, que son dentro á fuera, la dérmis, capa la más gruesa y más profunda, flexible y elástica, pero muy resistente, compuesta de láminas entrecruzadas. Está unida á las partes subyacentes por una capa de tejido grasoso, y su superficie externa está erizada de un gran número de salientes rojizas y muy sensibles, que constituyen las «papilas nerviosas.»

Esas asperezas de la dérmis están cubiertas por una redcilla de vasos, que se llama el cuerpo mucoso reticular, y que compone la segunda capa de la piel.

En fin, toda la superficie general está tapizada de una especie de barniz, destinado á disminuir y á extinguir la excesiva sensibilidad de la piel.

La piel recibe nervios y vasos sanguíneos muy numerosos, y goza de la más exquisita sensibilidad. El menor contacto despierta á esos nervios, receptáculo del fluido sensitivo, y la menor picadura abre á esos vasos, receptáculo del fluido vital.

Por lo tanto, podéis comprender, cuan prudentes deben ser las aproximaciones de los agentes exteriores, capaces de despertar á esta membrana general.

Bajo el punto de vista fisiológico, la piel goza de las funciones

más importantes. Funciones ignoradas del vulgo, y desdichadamente, muy descuidadas y casi olvidadas por los médicos.

Comparad la piel á un arnero. Formada por todas las laminillas de la dérmis, ella tamiza, ya de afuera á dentro, ó ya de dentro á fuera, ó más bien por esas dos vías juntas á la vez, todas las sustancias, capaces de pasar á través de sus tejidos.

Así, por medio de la exhalación, hay pérdida y salida de una parte de los residuos, ya por los sudores, ya por la transpiración insensible, pero permanente. Por medio de la absorción, todos los principios diversos exteriores, ya naturales, ya medicinales, pueden filtrar en el organismo, y allí desarrollar sus propiedades particulares, buenas ó malas.

Por tanto, es fácil comprender, con qué cuidado, el médico debe respetar y vigilar el balanceamiento de estas dos funciones; cuanto cuidado debe tener, de romper éste equilibrio, y con que prudencia, debe ponerlo en juego en sus maniobras más empíricas, más imprudentes, y más crueles.

Ahora bien, de donde puede nacer la idea bárbara de agujerar, de trabajar, de quemar esta superficie? Esta idea, tiene su origen en dos preocupaciones, de las que una, ha

sido falsamente concebida por los médicos, y la otra, está alimentada por la fatal credulidad del vulgo.

Los médicos se imaginan, en efecto, poder extraer á la enfermedad, por medio de un vejigatorio, cautério, sedal y otros entretenimientos semejantes. Aferrados en esta creencia llaman para fuera al ser morboso que, debe, á su voluntad y á su mandato, abandonar á los órganos internos, y pasar á través de las laminillas de la dérmis como una barra imantada, solicita y atrae á las partículas de fierro, ocultas en otros elementos metálicos.

¡Dichosa ilusión que divierte á los enfermos, pero que no debería seducir á los médicos!

El pueblo cree y creará desdichadamente todavía por mucho tiempo, que todos los medios externos aplicados sobre la piel, no entran en el cuerpo, permaneciendo en la superficie de la membrana comun, y si no producen ningun bien, son incapaces de ocasionar ningun mal y, tranquilo y confiado en todos los agentes medicinales, que no se le obligan á tomar, presta su piel con la más ciega seguridad, á todas las caprichosas experiencias del médico.

¡Dichosa ilusión que cuesta, al pueblo, algunas veces muy caro!

Entre los medios de que se sirve

la Alopátia para hacer el sitio de la piel, no hablaré de los más inocentes. Hasta cierto punto yo los concedo, puesto, que el pueblo está acostumbrado á ello; y que es preciso darle un juguete, para calmar su inquietud. De esta manera, aplicad el sinapismo clásico; á propósito de nada, él se aplica tanto por los médicos, como por las buenas mujeres, ninguno puede morir sin él, no sería decente, dejar partir á alguno sin mostaza.

La mostaza es la sazón obligada de la comida de un enfermo que se sienta, por última vez, á la mesa de la Alopátia.

Estimulad aun parte de la piel con agua hirviendo; aplicad el martillo de fierro, de Mathias-Major; emplead en una palabra, todos los rubefacientes posibles, ya para querer atraer la sangre y los fluidos á esa parte, ya para aparentar producir un efecto revulsivo; siempre que el enfermo lo quiera, yo también lo quiero.

Pero, no os divertáis en producir vesículas con una substancia medicinal: porque, sabedlo, una vez entrada esa substancia en el organismo, producirá en él, á pesar de vuestra inocente intención, sus efectos patológicos propios. Por tanto bajo el pretexto de producir rubicundeces, granos, vesículas, etc.; no fruccionéis la piel, con

medicinas que no convienen á la enfermedad; tales, como el aceite ardiente de la ortiga, el rhus toxicodendron, el fruto del anacardis, etc. Por lo mismo, no emplééis nunca el jugo de ciertas plantas, que determinan igualmente una erupción vesicular; como el ranunculo, la clematide, el eléboro, etc., ó las hojas del lepidium, de las coclearia etc.

Por la vía de la absorción, todas esas substancias entran y se difunden en el organismo; tenéis obligación de saberlo, y de no olvidarlo; y ¿porqué entonces, querer poner ante una enfermedad una medicina que no le conviene?

¡Pero, todo esto no es nada, gran Dios! y pluguiera al cielo, que la táctica de la pretendida revulsión, limitara sus maniobras á los medios que más bien se parecen á recreos militares, que al sitio en forma de una plaza fuerte!

Lleguemos á un medio más general, denotiedad popular, y puesto en escena en toda clase de consultas, desde la ciencia forrada de armiño, hasta la más ignorante comadrería. Quiero hablar del famoso vejigatorio. Se le ordena por doquiera y para todo. ¿Quién no lo ha tenido? ¿O quién no lo tendrá? Es preciso decirlo, á la mayor parte de los médicos, á los viejos sobre todo, quitarles el vejigatorio, es

como quitar á un zuavo su carabina.

El vejigatorio es casi de origen moderno. Apenas era conocido de la antigua escuela griega. Archigenes y Aretéo parecen ser los primeros que lo usaron. Si ellos fueron los inventores, ¿la posteridad debe estarles reconocida?

Mas tarde, los vejigatorios fueron puestos en boga por Sydenham y Greind; en seguida Baglivi hizo comprender los inconvenientes y trató de suprimirlos, ó á lo menos, no consintió en su empleo, sino en los casos muy graves, y por decirlo así, como un último recurso.

Pero hoy, el vejigatorio triunfa, y sus partidarios no tienen por qué quejarse. ¡Este dichoso emplasto se ha hecho el favorito del pueblo crédulo, de los complacientes aristócratas, y hasta de las damas!

Esto pasará.

No tengo necesidad de decir lo que es un vejigatorio; desdichadamente todo el mundo lo sabe, y vuestra portera lo confecciona tan bien como vuestro boticario. Sin embargo, quiero llamar vuestra atención respecto al elemento, respecto á la substancia que desempeña el papel principal en la triste comedia de la vieja terapéutica.

Nadie ignora que el vejigatorio obra por la cantárida, de la que se espolvorea su superficie, pero no todo el mundo sabe lo que es la cantárida, y no conoce sobre todo las enfermedades que es capaz de engendrar.

Sin embargo, es, ó á lo menos debería ser, indispensable á todo individuo que pone en obra cualquier agente terapéutico, conocer preliminarmente las principales propiedades.

La cantárida es uno de los remedios más enérgicos y un veneno de los más activos. Dar aquí detalles sobre esta especie de coléoptero, tomados de la historia natural, sería cosa muy larga é inútil. Hé aquí simplemente lo que deseo sepáis,

La cantárida administrada á un hombre sano, á título de experimentación pura, produce los fenómenos siguientes:

EN GENERAL.—Un ardor interior en los principales órganos—dolores y punzadas en los miembros y diferentés partes del cuerpo—acción especial en las vías urinarias—rigidez en el cuerpo, sensación de sequedad en las articulaciones, abatimiento general, y gran disminución de fuerzas, convulsiones, tétanos, etc.

EN PARTICULAR. — Rubicundez, inflamación y vesículas en la

piel—pérdida de sueño—perturbación de la moral—vértigos, congestiones en la cabeza—inflamación de los ojos, color amarillento de los ojos—olor fétido delante de la nariz—color amarillento, inflamación erisipelatosa del rostro, aftas en la boca, irritación de toda la mucosa bucal—deglución difícil, sobre todo para los líquidos: inflamación y ulceración de las amígdalas—sufrimientos en el estómago, desarreglo de los intestinos—dolor ardiente en el vientre, inflamación de los intestinos, hidropesía del del vientre—diarrea disintérica y sanguinolenta—acción especial sobre la vejiga, inflamación de este órgano, orinas ardientes, sanguinolentas, raras y hasta suprimidas.—En fin, fatiga en los órganos torácicos, respiración penosa y difícil, dolores vivos y algunas veces espasmos de sangre.

La corta enumeración de los fenómenos principales, no es más que el esbozo del cuadro sintomático que puede producir la cantárida. No os he dicho sino muy poco, y quizá todavía ciertos médicos acogerán esos síntomas, con la sonrisa de la incredulidad; incredulidad que, será entonces la medida de toda la profundidad de su ignorancia.

Dejadme decirlos todavía—á riesgo de ser culpable de una inútil re-

petición —que la piel absorbe las sustancias exteriores y las introduce en los órganos internos, y frecuentemente con una prontitud de trasmisión muy funesta. Me será fácil el probaroslo. No tendría más que recordaros ciertos hechos comunes y bien comprobados. Ved, por ejemplo, si no absorbéis el azul que ponéis en vuestro baño; si por el simple contacto, no atrapáis la sarna ó la viruela; si la más pequeña mordida de un perro rabioso, no comunica la terrible enfermedad; si el más pequeño piquete de una aguja con vacuna, y levantado solamente la epidermis, no propaga á ese virus en todo el organismo.

Ahora, pregunto á cualquier hombre capaz de reflexionar y de comprender un razonamiento, á todo médico de buena fe, á cualquiera, en fin, que no quiera ser el juguete de la más indigna trapacería y de la más cruel impostura, preguntado, ¿si es racional, si es justo y si debiera ser permitido, emplear los vejigatorios, casi en todas las enfermedades, agudas y crónicas? ¿Poner en la vía de la absorción un medicamento tan peligroso, y confiarlo á la piel, como si conviniere á todas las afecciones?

Parece, sin embargo, evidente, que un mismo remedio no pueda convenir á todos los males, y que,

por lo mismo, no debería emplearse con tanta indiferencia, como las abluciones de agua simple, ó los jabones de tocador.

Ahora ya lo sabéis: para penetrar en el recinto del organismo, el paso á través de la piel siempre está abierto. No hay aquí ningún centinela para dar «el quién vive.» Y sin embargo, dejáis circular, con la más culpable indiferencia, al enemigo capaz de poner fuego á la mina.

Esta ciega y pródiga aplicación de la cantárida sobre la piel, está apoyada en esa fatal preocupación, que cree que todo lo que no entra al cuerpo es inofensivo. Conocéis ese viejo refrán: “lo que no entra en el cuerpo no daña al alma. Pues bien, esa preocupación—digámoslo bajo, ¿no la tienen todavía los médicos?

Estos, no dejarán de decir que, todas esas consideraciones, no son sino desvaríos, dignos cuando más de atravesar el cerebro enfermo de un homeópata. Pero, es que desdichadamente, esos pretendidos desvaríos son crueles y brutales realidades; es que, desdichadamente, la cantárida del vejigatorio puede entrar en el organismo, y no se contenta con permanecer en la piel, inerte y siempre inocente. En vano el médico le dice: aquí te pongo y no irás más lejos—al partir el mé-

dico, la cantárida ha partido también, y está bien lejos..... y entonces ¿qué sucede? Hélo aquí; escuchad.

“En ciertos individuos, dice “Guersent, á los fenómenos locales, “se agrega una turbación general “más ó menos marcada; el pulso “se acelera, lo mismo que la respiración, sobreviene agitación, sed, “sed, y, en algunas circunstancias, “los enfermos experimentan ardores, seguidos algunas veces de “DISURIA, de ESTRANGURRIA “y hasta de HEMATURIA.”

Más adelante dice:

“En ciertos casos, á pesar de la poca actividad de la pomada, y “las precauciones más minuciosas, “tenidas en la curación, los enfermos experimentan vivos dolores “y una agitación extrema.”

Más lejos todavía, el mismo autor habla de los accidentes que pueden complicar la aplicación de los vejigatorios. Menciona la gangrena que, en los niños sobre todo, puede venir y traer el daño más fatal, y entonces es preciso emplear la quina, el alcanfor, etc., para combatir una enfermedad engendrada por la imprudencia del médico.

“Algunas veces, dice todavía y “sin causa apreciable.” (¡Cómo sin causa apreciable! ¡sois candoroso! ¡pero esta causa deberíais conocerla, Sr. Guersent!) “la llaga del ve-

“jigatorio se extiende más y más, “y esta especie de ulceración corrosiva, termina por invadir á un “miembro entero, á pesar de todos los esfuerzos del arte; en “otros casos, la superficie vejigada “se convierte en el sitio de una “exhalación sanguínea que, ya parece debida al exceso de la inflamación ú otras veces es del todo “pasiva.”

Un poco más adelante:

“El efecto irritante de los vejigatorios es mucho más marcado “todavía en el hombre enfermo, y “presa de la fiebre, por lo que no “se ha recurrido generaluente á “los vejigatorios, en las enfermedades agudas, sino cuando las “fuerzas están muy disminuidas, y “en la declinación de las enfermedades, de otra manera la reacción viva que ellos producen, agravaría todavía al estado febril y “hasta podría, en ciertos casos, “determinar movimientos convulsivos, como ya he visto ejemplos.”

Después de haber hablado de los vejigatorios en el tifo, el autor hace la reflexión siguiente:

“En general, el inconveniente “que se les reprocha en este caso, “es el de determinar escáras y úlceras difíciles de curar, que retardan las convalecencias; pero aún “cuando este reproche estuviese

“fundado, ¿qué importa lo largo de la convalecencia en una enfermedad grave? Lo importante es curar, y ¿no es probable que esas alteraciones locales, producidas artificialmente, pueden concurrir á ello?”

¡Cuán tímido sois Sr. Guersent! la acción terapéutica del vejigatorio, en este caso, es solamente «probable,» ella puede solamente concurrir á la curación. Se vé que no estáis seguro; pero describís de una manera tan segura los inconvenientes, que me veo forzado á perdonaros.

Finalmente, decid:

“El práctico no debe jamás perder de vista, que en todos los casos de flegmasías, la reacción producida por el vejigatorio, tiende siempre á despertar la inflamación, si no ha sido suficientemente combatida. Esto se observa á menudo en la mayor parte de las flegmasías membranosas, como la meningitis, la pleuresía y la peritonitis.”

Vuestra intención es muy buena, Sr. Guersent, y vuestros consejos excelentes; pero desgraciadamente, los prácticos á quienes os dirigís, tienen oídos y no oyen; una piel y no la atormentan; ¡vejigatorios y no se los aplican!

El profesor Trousseau, después de haber hablado de los accidentes

que puede producir la aplicación sobre la piel, de ciertas sustancias medicinales, agrega:

“Cuantas veces, en el hospital ó en la práctica civil, vemos á los pobres niños adquirir ecemas agudos, simples ó impetiginosos, consecuencia de la aplicación de un vejigatorio volante que una pulmonía había hecho necesario, comúnmente la enfermedad de la piel, reviste una forma crónica. Se puede entonces establecer formalmente, que «el vejigatorio, es á menudo causa de erupciones.» Hemos, OBEDECIENDO A «LA RUTINA Y AUN A LAS TEORIAS, aplicado vejigatorios de una manera estable, hemos tenido frecuentemente que arrepentirnos y raras veces que alabarnos.

«Obedeciendo á la rutina.» Cómo, ¿un profesor obedece á la rutina?

«Aun á las teorías....» ¡Esta concesión tiene el aire de ser hecha á los colegas, alzando los hombros! ¡Verdaderamente la confesión es muy sincera, humilde y entera, para no merecer dos absoluciones!

«Grandes vejigatorios aplicados en las regiones de la piel escarificada, dice el profesor Bouilland, determinan de una manera casi constante, una albuminuria, más ó menos abundante.»

¿Qué hay en ello de sorprendente? ¡la cantárida produce esto en un hombre sano! Pero es verdad que no lo sabéis.

«No siempre se aplicarán impunemente vejigatorios de dimensiones muy grandes en la piel, dice Fabre en su Tratado de materia médica y de terapéutica, porque en los sujetos débiles, sobre todo, podrían resultar accidentes muy graves por el hecho de una grandísima absorción.»

Por tanto, éste prohíbe aplicar vejigatorios á los sujetos débiles; Guersent decía há poco que no se deberían emplear sino cuando las fuerzas están «muy disminuidas y en la declinación de las enfermedades.»

¿Cuándo, pues, podrán entenderse esos caros colegas?

Todavía Trousseau:

«Además de su acción tópica, dice, el vejigatorio ejerce además una que es «general,» y que depende, por una parte, de la reacción causada por la inflamación de la piel, y por la otra de la «reabsorción de un elemento irritante, que circulando con la sangre, vá á estimular los diversos tejidos de la economía. Esta absorción del principio activo de las cantáridas, está demostrada, como todo el mundo sabe. por los accidentes, que la aplicación de los

«vejigatorios causa en los riñones, en la vejiga, etc.»

¿Habéis oído?

¿Dudáis todavía de la absorción de la cantárida?

Tengo á mi disposición todavía muchas preciosas enseñanzas, debidas á la pluma de autores muy recomendables, tales como Morgagni, Ambrosio Paré, los profesores Recamier y Velpeau, Valleix, Morel-Lavallée, Bouchardat, Devergie, etc., pero es preciso detenerme, y enviar á sus obras á los que quieran tener mayores detalles.

Lo que importa para nosotros comprobar bien, es que, recogiendo todos los fenómenos que ellos atribuyen á la absorción de la cantárida, y reuniendo todos esos coloridos en un cuadro particular, se obtendría la fisonomía perfecta de ése medicamento. Ahora, notad bien que todas esas confesiones no pueden ser consideradas como fantasías dignas, á lo más, de atravesar el cerebro de un homeópata; estas son las confesiones de vuestros maestros, de los profesores de vuestra vieja escuela, confesiones que deben helar en vuestros labios desdeñosos la sonrisa de la incredulidad, confesiones que debéis acoger, como Moisés acogió en la montaña las Tablas de la antigua ley.

Divertíos, pues, aplicando